

Verónica Ríos Quesada

Releyendo *La caída del águila* de Carlos Gagini: la mediación científica y la nostalgia de una novela antiimperialista de ciencia-ficción

University of Texas atn Austin

veronicarios@mail.utexas.edu

Entonces el negro viejo, que no se había movido, hizo gestos extraños,
volteando su cayado sobre un cementerio de baldosas.

Alejo Carpentier

Un éclair ... puis la nuit! –Fugitive beauté
Dont le regard m’a fait soudainement renaître
Ne te verrai-je plus que dans l’éternité

Charles Baudelaire

Explorar cómo se ha apropiado el género de la ciencia-ficción en América Latina y cuáles son sus inicios son tareas que recién emprende la crítica preocupada por ahondar en las tensiones identitarias que atraviesa la producción literaria de la región. En *The Emergence of Latin American Science Fiction*, la investigadora Haywood-Ferreira estudia la producción temprana de ciencia-ficción, escrita durante el largo siglo XIX, es decir, desde 1850 hasta 1920. Como anexo, publica un listado de textos latinoamericanos de ese período y, en el caso centroamericano, sólo aparecen dos novelas: *El Problema* (1899) del guatemalteco Máximo Soto Hall y *La caída del águila* (1920) escrita por el costarricense Carlos Gagini (ver Haywood-Ferreira 225- 230).

Según el crítico Álvaro Quesada Soto, la obra de Gagini es la que mejor vocaliza la oposición al imperialismo a principios del siglo XX, en Costa Rica (ver Quesada Soto 32-33). Sin embargo, con respecto de *La caída del águila* específicamente llama la atención la escasez de lecturas críticas¹ y el prejuicio contra la ciencia-ficción como género lo explica parcialmente. Al referirse a la filiación de *La caída del águila* con la ciencia-ficción usado en la novela, Quesada Soto señala que Gagini utiliza el “marco ingenuo, esquemático y fantasioso del discurso juliovernesco” (149).²

En *La caída del águila*, la acción toma lugar cinco años después de la publicación, es decir, en 1925. El ingeniero Roberto Mora, el héroe enfurecido por la anexión de Centroamérica a los Estados Unidos, lidera a *Los caballeros de la libertad*, una fuerza opositora que reúne, entre otros, a un alemán, un hondureño, un salvadoreño y un japonés. Juntos capturan a un alto oficial estadounidense, Mr. Adams, así como a su hija, Fanny, y al prometido de ésta, Jack; posteriormente los obligan a ser testigos de la caída del imperio estadounidense. Gracias a la “japonita” descubierta por Amaru, el legionario japonés, y a los submarinos super poderosos y los aeroplanos diseñados por Mora, causan el colapso de la fuerza estadounidense.

Se trata de un marco original en el contexto latinoamericano, pues los ideólogos nacionalistas inspirados en Rodó buscaron modelar símbolos e ideas que pudieran expresar la gloria de sus países a través de la historia y la geografía (ver Brading 20). Además, como señala

¹ Después de presentar la tesis de licenciatura “*La caída del águila* y la libre determinación de los pueblos” que coescribieron siguiendo el método estructuralista (Soto y Quirós Bolaños), Marta Soto publicó el artículo sobre la función ideológica del narrador en la novela titulado “Valor literario de Gagini en función de su novela *La caída del águila*” y Sergio Quirós Bolaños publicó dos artículos de corte estructuralista: “Carlos Gagini y su ideología antiimperialista en *La caída del águila*” (Quirós Bolaños) y “Carlos Gagini: *La caída del águila* y su concepto de la paz mundial”. En 1984, María Eugenia Acuña M. defendió su tesis de maestría en literatura “Carlos Gagini: su vida y su obra en el contexto nacional e hispanoamericano”. Posteriormente, Álvaro Quesada Soto publicó una sección sobre la novela en *La voz desgarrada*. Por último, en el artículo “De la identidad nacional a la global en *La caída del águila* y *Parque Jurásico*”, Carolina Sanabria Sing compara esta novela y la película *Parque Jurásico*.

² Efectivamente hay varias semejanzas entre la novela de Jules Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La caída del águila*, entre las cuales menciona Acuña: los ataques, el misterio que rodea ciertas acciones, la importancia del mar, los viajes y la tecnología como medio para lograr cierto equilibrio entre fuerzas antagonicas (ver Acuña 146). Por otra parte, con respecto a la obra de Jules Verne, es justo señalar que el proceso de “rehabilitación” de sus novelas ha tomado largo tiempo. Según Kennedy-Nolle, a partir de mediados de los años noventa, su trabajo capta nuevamente la atención de los críticos en Francia y más allá de ésta, por considerarse que sus textos son dramas imperiales.

Acuña (ver 143), gracias a la ciencia-ficción Gagini presenta una problemática contemporánea desde el futuro: el intervencionismo de los Estados Unidos. Por otra parte, desde una escala global, como señalan Hoagland y Sarwal (ver 6), la ciencia-ficción y los países en vías de desarrollo hacen una buena combinación pues utilizan la ciencia-ficción como herramienta para contraatacar a los centros imperiales.

Más allá de la originalidad de la combinación antiimperialismo-ciencia-ficción en el contexto latinoamericano, me interesa explorar por qué Gagini recurre a la ciencia-ficción, lo cual implica poner en primer plano al discurso científico que medió la producción literaria latinoamericana hasta los años 1920 (ver González Echeverría) y tomar en cuenta la conexión entre este género y la nostalgia (ver Boym). Por una parte, significa explorar el proceso de *self-fashioning* de Roberto Mora. En vez de sentir su “sensibilidad amenazada”, citando a Graciela Montaldo, Roberto Mora, prototipo actualizado del intelectual según Rodó, abraza la tecnología y la convierte en parte integral de su estrategia para derrotar a los Estados Unidos. En el contexto de la posguerra, en vez de simplemente recurrir al *mimicking* del Otro, Mora lo supera y nulifica gracias a la superioridad de su ética “latina”. Por otra parte, más allá del canibalismo científico, el género de la ciencia-ficción se caracteriza por exudar nostalgia. La crítica ha señalado que *La caída del águila* forma parte de ese grupo de textos que añora la supremacía cultural perdida de la elite liberal (ver QuesadaSoto).³ En la novela, ésta tiene dos caras: el anhelo, “algia”, por una Costa Rica desarrollada científicamente, ideal que se vio truncado antes de la Primera Guerra Mundial y la imposibilidad del retorno, *nostos*, a Costa Rica.

³ Entre 1917 y 1919 el orden político prevaeciente se ve seriamente alterado por la dictadura de los hermanos Tinoco y emergen nuevos actores sociales. Durante los cinco años siguientes, éstos luchan por reformular el pacto político; sin embargo, después de 1924 se restaura la hegemonía liberal (ver Fischel Volio 77). Esa supremacía perdida que señala Quesada Soto se recupera.

Estableciendo coordenadas

Con el fin de establecer las coordenadas en las cuales se sitúa la novela, es importante señalar que la Primera Guerra Mundial había hecho estragos en la economía regional, la dependencia con respecto a los Estados Unidos era más fuerte que nunca y la Doctrina Monroe había llevado a los Estados Unidos a intervenir en numerosas ocasiones en el istmo en las dos décadas anteriores. Lo habían hecho al menos una vez en Cuba, República Dominicana, Guatemala, Haití, México, Nicaragua y Panamá. Un alto número de dictadores y presidentes latinoamericanos apoyaban las políticas estadounidenses, firmaron tratados de comercio y permitieron que los Estados Unidos establecieran bases militares en sus territorios. La United Fruit Company gradualmente había tomado control de la red ferroviaria y portuaria de la región. Aunque el clamor contra el imperialismo se escuchaba fuerte y claro antes de la Primera Guerra Mundial –Rubén Darío y Rodó fueron unas de las muchas voces opositoras– las incursiones imperialistas de los Estados Unidos se propagaron como fuego silvestre a través de toda América Latina (ver Cuevas Molina).

Por otra parte, durante las primeras dos décadas del siglo XX, se refuerza la concentración de capital y emerge en Costa Rica una plebe urbana, compuesta por artesanos, trabajadores manuales, empleados de servicio, sector público, etc. (ver Morales). Esta se empieza a organizar y a crear sociedades y ligas como la “Liga de Obreros de Costa Rica”, cuyo himno por cierto fue escrito por Gagini en 1900 (ver Quesada Soto 19). La influencia de Rodó se hace sentir por su americanismo y su crítica del mercantilismo y el imperialismo, así como la oposición de razas (sajona vs. latina). Además, la I Guerra Mundial evidencia la dependencia del país con respecto al mercado internacional. La llegada al poder del presidente Alfredo González Flores, así como el golpe de Estado que lleva a la dictadura de los hermanos Tinoco, demuestran los intereses capitalistas en juego.⁴

⁴ El presidente González se había manifestado en contra de la llegada de transnacionales que no promovieran beneficios para el país y el vetar el contrato petrolero Pinto-Greulich en agosto de 1916, supuso su caída en desgracia (ver Quesada Soto, capítulo 1). En palabras de Quesada Soto, en plena I Guerra Mundial: “Mientras en Washington se representaba la comedia del reconocimiento [de la dictadura], en Costa Rica se montaba la tragedia de la dictadura, atizada por la crisis, la especulación y la miseria.” (57).

Un año después de que terminara esta corta dictadura, es decir en 1920, se publicó *La caída del águila*; como indica Acuña (ver 140), el peso de la dictadura y de una posible intervención de los EE.UU. se hacen sentir en el texto. Es importante aclarar que Gagini, si bien simpatizaba hasta cierto punto con las luchas de los artesanos y obreros, no pertenecía al grupo de escritores cuya literatura denunciaba claramente la hegemonía de la oligarquía liberal y al que se le conocía como “generación del *Repertorio Americano*”.⁵ Gagini se ubica en una zona gris, pues su carrera en el sector educativo y su producción literaria están ligadas justamente a esa hegemonía que impulsó el proyecto de construcción de la nación desde fines del siglo XIX, es decir, a los intelectuales de la “generación del Olimpo” (ver Quesada Camacho).

El texto que inaugura la conexión antiimperialista-ciencia-ficción, es *El problema*, la otra novela centroamericana incluida por Haywood Ferreira en el listado mencionado anteriormente. Su autor, el guatemalteco Máximo Soto Hall y a quien también se asocia con la “generación del Olimpo”, la publica en Costa Rica. En su novela, el protagonista, herido porque el antagonista del “norte” le ha robado a la novia y su país ha sido anexado, se suicida lanzándose contra el tren que transportaba a la pareja de recién casados hacia su luna de miel.⁶ En 1899, año de publicación de la novela, el imperialismo de los Estados Unidos apenas está manifestándose y, como señala Quesada Soto, el autor plantea por tanto “el problema” sin brindar una solución (89). Casi dos décadas después, en 1918, Carlos Gagini cambia el final de esta historia y, en su novela *El árbol enfermo*, el protagonista Fernando Rodríguez salva de la deshonra a la dama costarricense y regresa al país con el fin de servir a la patria, con la esperanza de luchar por Costa Rica. En su siguiente novela, *La caída del águila*, las dicotomías se invierten radicalmente: el costarricense no sólo destruye el imperio, sino que reconquista a Fanny Adams, la chica estadounidense. Como

⁵ Se usa el nombre *Repertorio Americano*, en honor de la revista que Joaquín García Monge fundó en 1919. Omar Dengo, Roberto Brenes Mesén y Carmen Lyra también se consideran parte de ese grupo de escritores cuyos textos empiezan a difundirse en las dos primeras décadas del siglo XX.

⁶ Ana Patricia Rodríguez, en su capítulo sobre las novelas ligadas con la caficultura de finales de siglo XIX en Costa Rica, resume la amplia crítica sobre esta novela y problematiza acerca del calificativo “antiimperialista” que se le da a la novela (ver 19-43).

se puede deducir, la trama romántica de las novelas refuerza el simbolismo de las tensiones neocoloniales.

En la novela, el protagonista Roberto Mora, el líder de *Los caballeros de la libertad*, se rebela contra el imperio de los Estados Unidos, el cual había anexo a Centroamérica en 1922. Señala Mora que el responsable de la unión forzada centroamericana es el ex presidente Wilson – aunque históricamente seguía siendo el presidente de los EE.UU– y que “la unión se realizó sin consultar el voto de los respectivos pueblos, que han sabido caer, a lo menos en sus tres quintas partes,⁷ con dignidad y entereza” (Gagini, *La caída* 48). Además de abrir el canal por Nicaragua, al convertirse en colonia, se derriban los monumentos erigidos en conmemoración de la gesta de 1856 y se levantan dos estatuas: una para el filibustero William Walker y otra para el ex presidente Wilson (ver Gagini, *La caída* 53, 124). En otras palabras, los colonizadores atacan la piedra fundacional de la identidad nacional impulsada por la elite liberal a partir de 1880 (ver Palmer).

La novela se plantea entonces como una recreación de la Campaña Centroamericana de 1856. Consecuentemente, el protagonista resulta ser nieto de Juan Rafael Mora Porras, el presidente que lideró la campaña militar en contra del ya mencionado Walker. Dos años después de la anexión, en 1925, Roberto Mora lanza su letal operación contra el imperio estadounidense. A este breve resumen, falta añadir que cinco años antes, en 1920, el personaje conoce en Washington a Fanny Adams, la corteja pero ésta rechaza su petición de mano. El detalle es importante, pues su padre, Mr. Adams, es el Ministro de la marina estadounidense. Junto con su hija y el prometido de ésta, es capturado por Mora y los tres son obligados a presenciar el despliegue militar de *Los caballeros de la libertad* y la caída del imperio.

⁷ Con “tres quintas partes”, el narrador se refiere a los tres países que se resistieron a la colonización: Costa Rica, El Salvador y Honduras. En la ficción, Guatemala y Nicaragua no se opusieron. Es importante tomar en cuenta el panorama político, dada la intervención estadounidense en Nicaragua de 1909 a 1933, y la dictadura de Estrada Cabrera en Guatemala, quien había protegido los intereses de la United Fruit Company.

De literato a científico guerrillero sin perder la caballerosidad

A diferencia de *El Problema* y *El árbol enfermo*, en esta novela, el protagonista vence al “norteño” y para lograrlo se apropia de sus saberes y subvierte el orden. Como lo sugiere Rodó en *Motivos de Proteo*, el intelectual –Mora en este caso– debe ser capaz de adaptarse a la situación, de controlar su respuesta al mundo circundante (ver Miller 53). Accionar esta estrategia en la novela supone un ideal de intelectual que conjuga tradición-modernidad y que logra planificar una estrategia de guerra basada en el camuflaje, noción que inspira incluso sus inventos. Esta adaptación implica llevar la máscara de *mimicry*; sin embargo, bajo esta, se mantienen latentes los valores de la “raza latina” que finalmente conducen al éxito de una misión caracterizada por la caballerosidad.

El modelo propuesto por Gagini en la novela hace eco del pensamiento de Martí, Sarmiento y Rodó, quienes buscaban esa síntesis de tradición-modernidad en el *homo politicus* del futuro (ver Gutiérrez 626). Gagini, a lo largo de su vida, manifiesta su postura con respecto al sistema educativo tanto en los periódicos como en sus textos literarios (ver Acuña). En su novela anterior, *El árbol enfermo*, por medio de la voz de Mr. Ward, Gagini denuncia la superficialidad de la educación científica costarricense,⁸ y en su ensayo *La ciencia y la metafísica de 1918* escribe:

[...] la decantada inferioridad de los latino-americanos con respecto a los sajones proviene exclusivamente de la educación inadecuada. En efecto, en estos países nuevos y tan escasamente poblados no se dirige la atención de la juventud hacia el aprovechamiento de las riquezas naturales [...] ; por el contrario, se la educa para las profesiones liberales parasitarias y para las artes y de ahí ese innumerable ejército de leguleyos, politicastos, poetas chirles, periodistas y oradores, verdadera plaga de la América Española y causa principal de su escaso progreso. (57).

⁸ En la novela *El árbol enfermo*, manifiesta Mr. Ward: “Visité no ha mucho algunos colegios de esta República y en ninguno ví un modelo de aeroplano, de submarino, ni de otras muchas máquinas modernas que nadie debe ignorar; ningún alumno conocía el manganeso ni sus aplicaciones, no obstante que no pasa día sin que se denuncien vetas de dicho mineral; y no recuerdo en cuál de esos establecimientos pasaban los jóvenes todo el año discutiendo la metafísica de Egipto y de Grecia, pero ignoraban los nombres de los grandes químicos, biólogos y astrónomos modernos.” (62).

En *La caída del águila*, el protagonista Roberto Mora encarna lo mejor de la educación científica mundial. Mora, quien ha comprendido que la supremacía de los Estados Unidos y Occidente se basa en el dominio de la ciencia y la tecnología, le espeta a su contrincante Mr. Adams:

No pasarán cuatro días sin que usted, señor Secretario, se convenza de que el ingenio latino no es inferior al sajón y que este ignorado ciudadano de la más pequeña y desgraciada república latinoamericana tiene motivos suficientes para enorgullecerse pensando que él solo, sin más auxiliares que su escasa ciencia y sin más arma que la justicia, va a destruir el imperio más poderoso de los tiempos modernos. (Gagini, *La caída* 84).

De esta manera Mora rompe la tautología entre raza y ciencia-tecnología generada desde los centros que afecta a las colonias europeas, como indica Michael Adas:

a tautological relationship developed: scientific and technological achievements were frequently cited as gauges of racial capacity, and estimates of racial capacity determined the degree of technical and scientific education made available to different non-Western peoples (275).

Al demostrar capacidad tecnológica, Mora demuestra que la raza latina sí es capaz de competir y liderar. Aunque Quesada Soto no haya tomado en cuenta el componente científico, definitivamente tiene razón al señalar que Mora es el personaje en el cual se plasma mejor el ideal de hombre latinoamericano de Gagini (ver 85).

Señala González Stephan al referirse a la postura de Martí con respecto a la modernidad: “Modernizar es una cuestión de género: máquinas, músculos y virilidades.” (343). Al llevar al extremo los términos de la oposición entre raza sajona y latina de las citas recién mencionadas de Gagini, emerge el paralelismo entre ambos escritores. De hecho, el personaje Roberto Mora parece haber sido modelado en función del llamado falocéntrico de Martí:

Necesitamos inspirar respeto; necesitamos ponernos en pie de una vez con toda nuestra estatura, necesitamos indicar por la fama de nuestras Exposiciones lo que hemos perdido por la fama de nuestras revoluciones [...] presentarnos como pueblo fuerte, trabajador, inteligente e intrépido, a este otro pueblo que abunda en estas condiciones y sólo respeta al que las posee.

Se nos tiene por una especie de hembras de la raza americana. Y va siendo urgente que nos vean en trabajos viriles: sobre todo cuando es cierto, que, dados medios iguales, en condición ninguna de actividad, laboriosidad e ingenio nos sacan ventaja los hombres del Norte. (Citado por González Stephan 350).

A la luz de esta cita de Martí, Mora busca el respeto del Otro y viriliza la “raza” a través de la liberación violenta de Centroamérica. Para lograrlo, Roberto Mora despliega una cuidadosa campaña militar que lleva al concepto de *mimicry* hasta sus últimas consecuencias, pues no sólo se apropia del Otro para obtener poder, sino que subvierte totalmente el orden colonial (ver Bhabha 126).

Gagini sitúa la base de *Los caballeros de la libertad* en la isla del Coco, a 532 km de la costa pacífica costarricense. En Japón no explica el narrador qué hacía allí Mora –el personaje se entera de la ocupación estadounidense en Centroamérica. Convince al anarquista japonés Amaru de unírsele, así como a legionarios selectos de El Salvador, Honduras y Alemania. Se devuelve a Japón y con el beneplácito de ese gobierno construye los submarinos de su invención, armas que se destinarán a la ofensiva militar. Al año, instalan la base en la isla del Coco (69). En esta isla, conocida por haber sido refugio de piratas entre los siglos XVI y XVIII, se altera el supuesto sistema de cavernas con el fin de albergar a un centenar de personas (33), se fortifica y se instalan miles de obuses en sus paredes (67). Señala el narrador: “es difícil imaginar paraje más adecuado para refugio de quienes temen la acción de la justicia” (25). No sin razón Jack, el prometido de Fanny Adams, llama a los legionarios “piratas del Coco” (56). Su base está totalmente electrificada y una pequeña red ferroviaria atraviesa la isla. Para evitar ser detectados por la vigilancia aérea estadounidense, en caso de peligro, la estructura puede esconderse fácilmente

con una cubierta que imita el pasto. Mimesis y camuflaje son los dos ejes estratégicos de esta base militar.

En las cavernas, amarran los poderosísimos submarinos, capaces de navegar a más de 200 km por hora y de darle la vuelta al mundo sin reabastecerse siquiera una vez. Imposibles de detectar por el enemigo, pueden navegar a flor de agua sin dejar estelas y sumergirse en tan solo diez segundos (ver 65). La decisión de Gagini de emplear el submarino como la principal arma de combate fue claramente influenciada por Julio Verne y su Nautilus. Sin embargo, más allá del esquema “fantasioso juliovernesco”, difícilmente el escritor podría haber ignorado el papel de los poderosos U-boats alemanes durante la Primera Guerra Mundial que lograron dejar de manos atadas a Inglaterra y que provocaron la declaración de guerra de los Estados Unidos. Asimismo, gracias al uso de los submarinos, la legión actúa discretamente, desplegando un “velo sutil y verdoso” que imita a la perfección la marea para evitar sumergirse y coloca la mortífera “japonita” en los barcos de los Estados Unidos:

[...] nuestros submarinos se colocan debajo de la quilla, y el piloto, saliendo de su garita, aplica al casco una ventosa que se adhiere a él y que estalla a la hora conveniente, para lo cual puede graduarse a voluntad [...] Esa ventosa es un torpedo cargado con el explosivo más terrible concebido por el ingenio humano –la *japonita*– inventada por nuestro camarada el capitán Amaru. Es una sustancia infernal; bastan treinta libras para volar la más pesada mole de acero, y lo peor es que a la vez desarrolla una columna de gases tan venenosos que en un minuto no dejan alma viviente. (66).

Basta con leer las últimas líneas de la cita para comprobar nuevamente el impacto de la I Guerra Mundial: los gases y los explosivos causaron daños, mutilaciones y muertes horripilantes como nunca antes se había visto en un enfrentamiento bélico.

Por otra parte, la estrategia naval se combina con la ofensiva aérea. Los aeroplanos de alta tecnología de Mora llevan cohetes teledirigidos incorporados y, como los helicópteros comercializados a partir de los años treinta, son capaces de detenerse en el aire (ver 115). A pesar

de su avanzada fabricación, señala el protagonista que su aspecto no es imponente, lo cual toma por sorpresa al contrincante: “hundida [la escuadra de los Estados Unidos] en pocos minutos por unas cuantas naves aéreas cuyo aspecto no tenía absolutamente nada de imponente” (119). Al igual que los submarinos, los aeroplanos también se pueden confundir con el medio ambiente, pues mirados desde la superficie terrestre no se pueden detectar gracias a la instalación de una placa especial (ver 131).

Asimismo Roberto Mora no escatima en artimañas: droga a Jack para sustraerle el código secreto de la marina estadounidense (ver 40), infiltra a un espía en el barco que transportaba a Mr. Adams (ver 44), suplanta la identidad de éste y firma sus despachos telegráficos con el fin de despejar las aguas (ver 109). Sin embargo, el ejemplo de *mimicry* más fuerte es él mismo, pues por su educación inglesa, su cultura e incluso su aspecto físico no parecía ser costarricense, sino un intelectual moderno modelado por un ascetismo muscular, similar al que González identifica en el ideal martiano (ver 357). El narrador describe así a Roberto Mora: “Ante ellos estaba de pie un joven de melena rubia y ensortijada, ojos azules, cuerpo esbelto y alto, vestido de kaki con polainas de color leonado, un latiguillo en la mano y revólver a la cintura.” (37). Incluso su uniforme simboliza la adhesión al camuflaje. Su *self-fashioning* está tan bien logrado que la máscara del *mimicry* se descubre únicamente porque Mora le confiesa a Fanny su nacionalidad costarricense.

Durante su estadía en los Estados Unidos, usaba el alias “Rafael” y con ese nombre lo conoció Fanny. Acto seguido de su confesión, ella lo rechaza, pues era “sin duda degradante el conceder su blanca mano a un individuo perteneciente a una raza degenerada cuya destrucción estaba decretada oficialmente” (37). Si bien según Bhabha (ver 129), detrás de la máscara de *mimicry* no hay una presencia o una identidad, Sara Castro-Klarén (ver 159) en su relectura del concepto para América Latina señala que los intelectuales latinoamericanos siempre han resistido esa invisibilización que genera *mimicry* y, en vez de borrar o segmentar identidades, los sujetos latinoamericanos ocupan ambos lugares culturales simultáneamente.

En este caso, detrás del *mimicry*, en ese otro lugar, se encuentran la raza latina y los valores que la distinguen según el esquema rodoniano, es decir, la ética, la estética, la espiritualidad, la subjetividad que había dejado por fuera la Ilustración y debe retomarla el pensamiento latinoamericano según Rodó (ver Miller 47). Estos son los vectores que previenen que esta campaña militar no se convierta en el desplazamiento de una potencia por otra, pues según Mora: “Los latinos no tenemos ese instinto de crueldad que caracteriza a otras razas.” (98).

En la novela, Roberto Mora adopta una actitud ética con respecto al descontrol de la I Guerra Mundial y se propone actuar de forma caballerosa en la medida de lo posible. Como indica Adas, se suponía que las innovaciones armamentistas, las líneas ferroviarias, la comunicación inalámbrica, los explosivos sin olor, la comida enlatada, etc., producirían guerras más cortas, no más sangrientas. Muchos escritores lamentaron que la investigación científica, previamente considerada como beneficiosa para la humanidad entera, hubiera sido canalizada para la construcción de armas letales. Con la Gran Guerra, se acaba la caballerosidad, la percepción de la guerra como una empresa honorable, pues los soldados se convierten en un instrumento más, una máquina únicamente (ver Adas).

En respuesta a las preocupaciones de su tiempo, en la ficción, antes de lanzar la ofensiva final, los legionarios quieren discutir el problema ético, esperan que se reconozca su “derecho” a luchar por la soberanía de los pueblos (45-46). En ese apartado titulado “El Tribunal”, los estadounidenses comparecen ante la liga y Mr. Adams presenta sus argumentos, aunque obviamente la posición de Mora se mantiene incólume (ver 55). Asimismo Mora hace caer el peso de la “responsabilidad moral” sobre Adams por la acción violenta que él y la legión están a punto de cometer. Incluso le pide a Adams que envíe un telegrama pidiendo la rendición de los Estados Unidos y así evitar el derramamiento de sangre. Un pedido inútil pues, en esas condiciones, como señala el antagonista, quién confiaría en la autenticidad del mensaje y, en todo caso, los Estados Unidos no se someterían tan fácilmente (ver 112-113, 116-117). Podrían haber destruido los aviones que los persiguen, pero prefieren esconderse para evitar pérdidas humanas

innecesarias, aclara Mora: “*Podemos hacerlo, pero no queremos.*” (118).⁹ Al final, cuando Mr. Adams se suicida por desesperación de no haber podido impedir la derrota, los legionarios lo entierran en la Isla del Coco con todos los honores (ver 128). Mora incluso está dispuesto a publicar los detalles de la operación con el fin de desagaviar a Adams frente al público estadounidense (ver 123).

Se asoma también cierto reforzamiento del costarricense pacífico. Sanabria sostiene el argumento contrario, es decir, que la solución bélica que plantea la novela contrasta con el “sentir pacífico de los habitantes” (47-48). Sin embargo, comparto la opinión de Acuña, quien señala parece que tratándose de una campaña de liberación del territorio, más bien el paralelismo con la Campaña Centroamericana de 1856 se acentúa (ver 155). Curiosamente no hay soldados costarricenses en la trama y quienes han fabricado las armas y resguardan la base son obreros japoneses (79). Por otra parte, Mora cede la iniciativa militar a otros, por ejemplo el legionario mexicano Morelos está a cargo de la destrucción del escuadrón naval británico en Jamaica, mientras que el manejo de la discusión “ética” no lo cede a ninguno (131).

La mancuerna de esta caballeridad como valor hispánico¹⁰ es el ideal romántico y, en la novela, se presenta por medio de Fanny, cuya presencia desencadena la trama: de no haber venido ella en ese barco, Roberto Mora no hubiera tenido la amabilidad de rescatar a su padre, a su prometido y a ella (ver 61). Sin la captura no planificada de Mr. Adams, la discusión ética no se habría llevado a cabo. De cierta forma, ella viene a interrumpir, hacer un hiato en la dinámica “normal” de esta guerra de piratas. Al final, en un extraño giro, Fanny busca refugio en Roberto. Ha perdido a sus dos figuras masculinas, pues Jack también se suicidó, y no puede volver a su país por miedo a ser considerada una traidora. Fácilmente Mora vuelve a ganarse su afecto y ahora que es el ganador, su raza redimida ya no es un obstáculo para el matrimonio. Su unión supuestamente representa esperanza para el futuro de la humanidad aunque de una manera

⁹ El énfasis es del texto original.

¹⁰ La figura del Quijote y la caballeridad son temas frecuentes en la producción literaria de Gagini, tanto en su poesía como en sus ensayos (ver Acuña 123-124). El nombre de la sociedad *Los caballeros de la libertad* e incluso esta actitud ética hacen resonar los ecos de la caballería como herencia hispánica.

exageradamente falocéntrica. Fanny, el único personaje femenino presente en la novela, no puede sino apoyarse en la figura masculina que provocó el suicidio de su padre y su prometido. Al final de la novela señala Mora: “si algún día la humanidad ha de ser redimida, lo será por la energía y el amor de las almas superiores” (136). Detrás de esta unión romántica, la analogía de Martí entre feminidad/improductividad y masculinidad/progreso (ver González Stephan 350), revela la necesidad de mostrar simbólicamente el sometimiento de los Estados Unidos frente a la viril Costa Rica.

A modo de colofón, el que a Gagini no le haya interesado resaltar la superioridad ética más que el didacticismo científico tan común en las obras de ciencia-ficción, resulta evidente pues utiliza el léxico de lo maravilloso para explicar el funcionamiento de los inventos. El narrador para referirse a la presencia de un carro moderno señala que “parecía haber brotado de la tierra al conjuro de un moderno Aladino”, luego para explicar cómo funciona el velo verde señala: “Palpó la raíz del tronco y de improviso el mástil, la casita del telegrafista, el establo y la línea férrea desaparecieron como en un cuento de hadas.” (59-61). Esta tendencia pseudocientífica de Gagini no es una excepción en Latinoamérica, pues Haywood Ferreira concluye que la ciencia-ficción temprana de la región es generalmente ciencia-ficción “blanda” (222). Además, acerca de una futura traducción de una obra de ciencia-ficción, Gagini había criticado las novelas de Verne por estar saturadas de un didactismo que entorpecía el ritmo de la lectura. Por lo cual, Acuña (147-149) deduce que no quiso cometer ese error con *La caída del águila*.

En ese sentido, al mejor estilo rodoniano, la adhesión a la tecnocracia que expusimos al principio sólo fue el camino para concretar los ideales latinos y demostrar la superioridad de la raza sajona. La ciencia y la tecnología son por tanto únicamente medios y, a diferencia del horror vivido en las trincheras de la I Guerra Mundial, no desencadenan baños de sangre gratuitos.

Nostalgia por un ideal científico y un imposible regreso al hogar

Del grupo de textos de ciencia-ficción temprana estudiadas por Haywood Ferreira, las obras que se parecen más a *La caída del águila*, son *Dos partidos en lucha: fantasía fantástica* (1875) del argentino Eduardo Holmberg y *Ou doutor Benignus* (1875) de Augusto E. Zaluar, dado el alto grado de tecnofilia presente y las características de los protagonistas, personajes convencidos de los beneficios de la ciencia. Sin embargo, a diferencia de Gagini, estos escritores suramericanos problematizan en sus textos cómo convertir a sus naciones en polos de desarrollo científico, aunque sigan dependiendo de los Estados Unidos y de Europa para hacerlo realidad.¹¹ En *La caída del águila*, más allá de la tecnofilia, no se representa una política de desarrollo científico. Se trata de un escenario utópico en el cual un costarricense, gracias a su ingenio y su educación científica, logra vencer al imperio de los Estados Unidos. Esa utopía científica no es gratuita, y si tomamos en cuenta la historia del desarrollo científico costarricense, la trama de la novela deja de resultar artificial como estrategia para rescatar el “sentido nacional”. Según Hoagland y Sarwal: “In essence, the nostalgic drive of science fiction can be understood as the future made familiar. Thus, the future is relegated to mere stage dressing, as the past is obsessively revisited and reconsidered.” (9). El elemento “familiar” perteneciente al pasado que revisita la novela es el ideal del progreso científico en Costa Rica. Ese desarrollo científico sí fue alguna vez una posibilidad y la novela revisita ese pasado y proyecta un presente que ya no pudo ser. El que se haya pasado por alto la importancia de la relación ciencia–*nation building* no es un fenómeno

¹¹ En la novela *Dos partidos en lucha: fantasía fantástica* (1875) del argentino Eduardo Holmberg, se expresa ficcionalmente la teoría de la evolución de Darwin. El núcleo central del texto es el debate entre evolucionistas y creacionistas. Argentina se está preparando para tomar un papel más prominente en el mundo, es una obra optimista. Por su parte, en *Ou doutor Benignus* (1875) de Augusto E. Zaluar, el protagonista realiza un viaje de ciencia-ficción al interior brasileño para demostrar que Europa no es el único lugar en el que la ciencia puede florecer. En ambos casos, ese futuro promisorio no se puede lograr sin la ayuda de Europa y/o Estados Unidos. Por otra parte, ya para el momento en que publica Gagini su novela, América Latina ha pasado de la tecnofilia a la tecnofobia. Haywood Ferreira ejemplifica este paso citando el cuento apocalíptico más popular de Amado Nervo “La última guerra”, el cual trata de una revolución de los animales en la que los humanos quedan fuera de combate y el cuento “Cómo termino la guerra en 1917” de Martín Luis Guzmán, en el cual el narrador es el único sobreviviente de una tragedia pronosticada por una máquina (ver Haywood Ferreira 80-129).

únicamente costarricense, pues, como indica Juan José Saldaña, todavía no se ha explorado suficientemente esa relación en el contexto latinoamericano. Entre otros, señala Saldaña, desarrolló la legitimidad de los países y difundió la noción de la igualdad social a través de la educación y ayudó a crear una economía que se sobrepusiera al régimen colonial (ver 151-162).

La primera etapa significativa para la emergencia de la comunidad científica en América Latina, según Vessuri, se refiere a la llegada de la ciencia moderna y el positivismo a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Durante esta, el desarrollo científico se entrelaza con el proceso de reconstrucción política y económica marcado por la consolidación de las elites liberales y la economía de exportación. Los países, como Uruguay, Costa Rica y Chile, que se posicionaron en el mercado internacional, importaron productos y promovieron la educación universal, intensificaron el proceso de modernización (ver Vessuri 204). En el caso de Costa Rica, entre 1880 y 1910, el Estado liberal, inspirado en las medidas tomadas por Sarmiento en Argentina, apoyó la institucionalización de la ciencia moderna y, a través de la Secretaría de Instrucción Pública, contrató profesores extranjeros para organizar la Escuela Normal y Modelo (ver Díaz y Solano 231).¹² Asimismo, indican Viales Hurtado y Clare (ver 153) que el haber gozado del patrocinio del Estado y no someterse al mercado, acercó a la ciencia al mundo de la producción cultural y en ese mundo de fronteras disciplinarias porosas se movía Carlos Gagini.¹³

De las diversas comunidades científicas mediadas por el Estado y su noción de progreso, sobresalen dos actores institucionales de peso: el Museo Nacional de Costa Rica a cargo del

¹² La Escuela Modelo adoptó el nombre de Liceo de Costa Rica y se convirtió en una verdadera excepción en el sistema educativo costarricense por la calidad de sus profesores y recursos (ver Fischel Volio 85). Señala el científico Fidel Tristán (122) que las condiciones del laboratorio fueron únicas: “El laboratorio de química, el aula de clase y el gabinete de física, quedaron muy bien instalados y se trabajó con gran comodidad. El laboratorio estaba en un cuarto bastante amplio, con muy buena luz y muy bien provisto de material y productos químicos. El aula de clase tenía una magnífica gradería con muy buenos pupitres y una mesa para experiencias muy bien equipada. Finalmente, el gabinete de física ocupaba un pequeño salón con estantería cómoda y amplia. Ahí se conservaban todos los aparatos de la antigua Universidad de Santo Tomás, muchos nuevos, pedidos por el señor Pittier y otros más que después pidió el Dr. Michaud. El mejor y más completo gabinete que hasta la fecha ha existido en Costa Rica. Digo esto con verdadero conocimiento de causa.”

¹³ Gagini y Henri Pittier, uno de los profesores extranjeros contratados por el Estado costarricense y que tuvo un impacto profundo en el desarrollo de la ciencia en Costa Rica, trabajaron juntos por quince años (ver Eakin 139). Producto de su colaboración es su libro *Ensayo lexicográfico sobre la lengua térraba*, lenguaje de la comunidad indígena del mismo nombre que vive en la zona sur de Costa Rica, publicado en 1892.

costarricense Anastasio Alfaro (1887) y el Instituto Físico-Geográfico Nacional (IFCO) dirigido por el suizo Henri Pittier.¹⁴ Este último logró convencer al Estado costarricense de fundar el instituto al exponer las posibilidades económicas que generaría dicha institución. Desafortunadamente, señala Eakin, la crisis económica de 1898, la caída de los precios del café, una cuasi guerra con Nicaragua desfinanciaron el presupuesto del instituto. En ese contexto, Pittier se acerca a Minor Keith y a la United Fruit Company (ver Eakin 135), compañía que se caracteriza en ese entonces por establecer redes tecno-científicas con fines productivistas (ver Viales Hurtado y Clare 164).

Sin embargo, aunque renació brevemente el interés en promover el desarrollo agrícola después de 1901, Pittier, cansado de los vaivenes políticos y la falta de presupuesto, se marchó de Costa Rica. Se acercaba también el fin de las redes tecno-científicas, pues al fundar la United Fruit Company laboratorios científicos propios, terminó el intercambio científico entre sector público y privado (ver Viales Hurtado y Clare 164).¹⁵

La realidad económica de un país construido sobre un monocultivo frenó la institucionalización de la ciencia experimental en la posguerra, ubicada por Vessuri entre 1918-1940 (ver 197), y la emergencia de una segunda generación de científicos se truncó. Señala Eakin (ver 146) que el error más grande del instituto fue su fracaso como centro de formación científico. Al no haber instituciones científicas o universidades,¹⁶ el entrenamiento de la nueva

¹⁴ Según señala Eakin (ver 132), se intentó fusionar ambas instituciones, pero estos dos científicos no lograron trabajar juntos. Sería interesante indagar hasta qué punto sus diferencias se deben a los roces entre científicos locales y extranjeros que Vessuri identifica en el desarrollo científico temprano de América Latina. El investigador menciona como ejemplo el caso del polifacético científico argentino Ameghino y el naturalista alemán Burmeister en Argentina (ver Vessuri 201).

¹⁵ Irónicamente, señala Eakin (ver 137-138), el mismo año de la partida de Pittier en 1904, se publicó finalmente el mapa de Costa Rica en el cual trabajó el IFCO desde su fundación. No tenía igual en Centroamérica y era tan bueno como el de centros científicos más grandes como México y Colombia. Asimismo, la colección botánica reunida por el instituto no tenía parangón en América Latina y, por otra parte, el trabajo meteorológico realizado sólo era sobrepasado por los grandes centros científicos latinoamericanos. Quince años después, Fidel Tristán (ver 123) confirma el clima de ruina a partir de la salida de Pittier y lamenta que el Estado no haya hecho nada por rescatar y apoyar tanto el IFCO como el Museo Nacional.

¹⁶ La Universidad de Santo Tomás cerró sus puertas en 1887 y, según Quesada Camacho (ver 154), en 1935, Costa Rica era el único país latinoamericano sin universidad, situación que cambia recién en 1941. Al respecto señala Fischel (ver 105-111), que la restauración de la elite liberal después de la I Guerra Mundial fue un serio impedimento para la apertura de la universidad. La hegemonía se sentía amenazada pues circulaba la propuesta de que ésta se encargara de todos los asuntos relativos a la educación.

generación de científicos quedó en manos de iniciativas individuales de científicos como Paul Biolley o Clodomiro Picado.¹⁷

Esta última afirmación sobre la ausencia de entrenamiento de científicos costarricenses resulta muy sugerente si tomamos en cuenta que, en la novela, Roberto Mora es un caso singular, un “alma superior” como se denomina a sí mismo. La falla de multiplicación del conocimiento del IFCO también se le puede achacar a Roberto Mora. En vez de modelar un ejército de costarricenses, busca una alianza con potencias medias, en este caso Japón, país con aspiraciones militares durante la primera mitad del siglo XX. Retomando las novelas de Holmberg y Zaluar, la dependencia pasa de los Estados Unidos a Japón, no desaparece realmente. Tener un ejército de obreros y científicos costarricenses, significaría que la educación entre la elite y la masa se iguala, por tanto el concepto de “almas superiores” no tendría sentido. El que Mora deba buscar aliados fuera de Costa Rica implica que el país no genera una población lo suficientemente educada como para defenderse por sí misma.

En el caso particular de la ingeniería, Roberto Mora no es una excepción en la Costa Rica de esa época, puesto que era imprescindible ir al extranjero para estudiar.¹⁸ Según Clotilde Obregón Quesada (ver 54-78), los múltiples intentos por ofrecer la carrera de ingeniería en el país fracasaron por la misma razón: falta de estudiantes preparados para seguir una carrera universitaria. Y la razón de su escasez se deriva de la manera en que se planteaba la enseñanza secundaria básica. Mientras el pueblo latinoamericano recibía una educación básica, la elite gozaba de una educación muchísimo más avanzada (ver Vessuri); Gagini, por ejemplo, abogaba por una educación diversificada, que marcara una diferencia entre campo y ciudad dado que las necesidades eran distintas (ver Acuña 18-28). No se trata de una división sorprendente, pues la idea de una masa guiada por una élite aventajada forma parte del ideario tanto de Martí (ver

¹⁷ Paul Biolley fue uno de los profesores extranjeros contratados por el Estado a finales del siglo XIX y formó parte del IFCO y del Museo Nacional (ver Díaz y Solano). Al contrario de la gran mayoría de científicos extranjeros, Biolley se afincó en Costa Rica. Por su parte, Clodomiro Picado, científico costarricense formado en París, desarrolló su carrera científica en Costa Rica después de la I Guerra Mundial Monge (ver Monge Nájera y Gutiérrez 393).

¹⁸ El único ingeniero graduado por el Estado costarricense fue Manuel Dengo Bertora, quien en compañía del empresario Batres, electrificaron varias cuerdas de San José en 1884, es decir, tan sólo dos años después de que Edison lo hiciera en New York (ver Obregón Quesada 65, 398).

González Stephan) como de Rodó (ver Miller). Si no permeara también a la sociedad ficcional de *La caída del águila*, Roberto Mora no sería ese “ser sobrenatural” costarricense que paulatinamente gana el corazón de Fanny (Gagini, *La caída* 125).

Esto nos lleva a considerar la otra cara de la nostalgia presente en la novela. Si bien la novela narra las hazañas científicas, militares y retóricas de Mora, también narra su fracaso como *homo politicus* pues el elemento de *nostos*, regreso al hogar, y la conexión con la sociedad costarricense se evaden totalmente al no haber ningún otro personaje costarricense. Si el rey burgués del cuento de Darío, como señala Gutiérrez Girardot (ver 634), se ha transformado en el imperialismo de la tecnocracia, el protagonista de *La caída del águila* logra finalmente vencerlo recetándole su propia medicina, el problema es cómo enfrentarse a la “muchedumbre”, con la sociedad costarricense y tomar las riendas de la gobernabilidad de una Costa Rica que le resulta ajena. El capitán Nemo, a diferencia de Roberto Mora, tenía razones familiares y políticas, conjunción muy propia del siglo XIX, para atacar a los poderes imperialistas.¹⁹ En comparación, el narrador de *La caída del águila* ni el protagonista aclaran en qué términos se construye la relación Roberto Mora – Costa Rica.

Los lectores sólo tenemos breves vistazos de la colonia costarricense a través de los pensamientos y acciones de Mr. Adams, lo cual refuerza aún más la mirada extranjera hacia Costa Rica en detrimento de una perspectiva nacional. Al principio de la novela, el narrador describe la llegada de Adams y su tripulación a Sandpoint, mejor conocida como Puntarenas. Gracias a los Estados Unidos, en unos pocos años, este pobre país latinoamericano ha sido casi enteramente disciplinado. Primero, Mr. Adams se maravilla al ver a los saludables trabajadores desde el tren que lo lleva a la capital: “no individuos paliduchos y mugrientos roídos por la malaria y la miseria, sino trabajadores fornidos y de aspecto satisfecho” (Gagini, *La caída* 20).

¹⁹ Antes de su auto exilio, Nemo había peleado contra la dominación británica y había liderado la rebelión Sepoy. Es en realidad un príncipe de la familia real india cuya riqueza le permitió estudiar en Europa. Era una amenaza para los británicos y se ofreció una recompensa por su asesinato. Como nadie la reclamó, sus padres, hijos y esposa fueron asesinados en su lugar. Eso lo motivó para construir el Nautilus y financiar una economía de venganza en contra de las potencias imperialistas. Entre otras, financia la rebelión cretense en contra del imperio otomano. (Ver Derdzinski).

Las mejorías en vivienda y comunicación son extraordinarias, adonde vaya Mr. Adams la elite costarricense se maravilla de verlo y de saludarlo. A pesar de las muestras de progreso, Mora arguye que su valor es inútil si no hay libertad (ver 52). Asalta la duda, si los costarricenses parecen haberse beneficiado tan profundamente del progreso y de haberse convertido en colonia, ¿en nombre de quién está luchando Mora?

Durante su visita de tres días a San José, a Adams le comunican repetidas veces sobre la actitud hostil que proviene de la “masa de la población”, particularmente desde los “artesanos” (22). En este punto, es importante subrayar la posición incómoda en la que se encontraba Gagini: por una parte creció y se formó con la llamada generación del Olimpo, por otra parte, hasta cierto punto compartía las preocupaciones de la siguiente generación de literatos comprometida con las luchas sociales, compuesta por simpatizantes anarquistas, socialistas y comunistas. No es casualidad que paulatinamente la acción se desenfocó de la región hasta cobrar carácter mundial, ni que Gagini no incluyera en la trama escenas de conflicto entre los artesanos y las fuerzas estadounidenses en suelo costarricense, así como acuerdos entre Mora y el movimiento de artesanos o discusiones sobre la problemática política entre Mr. Adams y el protagonista. En *La caída del águila*, si bien llama la atención el afán universal de la obra, este funciona también como escudo para no lidiar con la situación sociopolítica interna. A fin de cuentas, el narrador no adelanta los movimientos de Mora y la novela termina sin conocerse ningún detalle concreto sobre las aspiraciones políticas de Mora con respecto a Costa Rica y su futuro.²⁰

El retorno al pasado idílico señorial que anhelan los modernistas (ver González Stephan 345) no cobra vida en la esfera política, sino a través de la representación de los espacios idílicos, es decir, la isla y los submarinos. A partir de la sociabilidad desplegada en esos lugares, se modela un pasado idílico imposible. *Los caballeros de la libertad* viven con gran lujo y a su

²⁰ Señala Acuña (ver 153) que Gagini no compartía la política de no reconocimiento aplicada por el presidente Wilson para la dictadura de los Tinoco, asimismo no vocalizó una oposición fuerte en contra de la dictadura de los Tinoco, en parte por ser primo de éstos. Tal vez esta imposibilidad a referirse abiertamente a Costa Rica y problematizar su situación política sea una razón más para explicar el por qué del alejamiento de Roberto Mora con respecto a Costa Rica en la novela.

disposición cuentan con instalaciones y servicios que, como señala el narrador al poner en escena la entrada de los personajes en el submarino principal:

Imposible era hallar ni aun en los más suntuosos transatlánticos lujo parecido. Preciados muebles, alfombras persas, lunas de Venecia, columnas doradas, selecta biblioteca y cuantas comodidades pueda acumular en su yate un rumboso archimillonario. (Gagini, *La caída* 96).

En uno de los primeros encuentros con sus prisioneros en la isla, les dice Mora:

Tenemos habitaciones casi lujosas, víveres en abundancia, nuestros pescadores nos traen diariamente ostras y gran variedad de pescados, nuestra vacada nos suministra leche, quesos y mantequilla y la huerta toda clase de verduras y delicadas frutas. (Gagini, *La caída* 62).

Ambas descripciones calzan a la perfección con las ansias de consumo de la elite costarricense desde el siglo XIX, tal y como las describe el historiador Iván Molina Jiménez en su elocuente texto “Deliciosos y revolucionarios: quesos de Holanda y jamones de Westfalia”.

Desde una perspectiva histórica costarricense, este no-regreso llama la atención por la asociación con el antepasado famoso de Roberto, Juan Rafael Mora Porras, quien dos años después de terminar la ofensiva en contra de William Walker es reelecto como presidente de Costa Rica. Sin embargo, lo acusan de corrupción, le dan un golpe de estado y, al intentar retomar el poder en 1860, muere fusilado por el mismo ejército que había dirigido poco tiempo atrás. A la luz de esta observación, el carácter de mártir que se desprende de la cita siguiente cobra un nuevo sentido. Le revela Mora a Fanny:

Si me equivoqué y los pueblos me queman en efigie, tanto mejor. A lo menos que se reconozca mi desinterés y que toda mi labor, que podría haberme hecho dueño de la tierra, la he consagrado a un fin humanitario y altruista. Cualquiera que sea mi suerte, quiero que usted, Fanny, la única mujer que he amado, mire en mí un Quijote que se sacrifica por sus semejantes, sin utilizar sus inventos en provecho propio. (gagini, *La caída* 125).

Retomando la influencia de Rodó y su *Ariel* en este texto, es importante recordar que al final de éste, Próspero exhorta a la juventud a salir a las calles y entrar en contacto con la masa. Se trata de un movimiento necesario e irreversible (ver Miller 46), pero ni Rodó, ni Gagini dan herramientas para manejar ese enfrentamiento (ver Brading 20). Como lo revela la cita anterior, la sensibilidad de Mora no se vio amenazada por la tecnología, pero por las masas, sí. A fin de cuentas, señala Gregorio Weinberg (ver 49-63), la adopción del positivismo obedecía supuestamente a la intención de impulsar el progreso universal; sin embargo terminó promoviendo libertades económicas, no políticas, ya que no se amplían los derechos electorales. Casualmente esta promoción de libertades económicas es el objetivo más concreto que persigue la liga de *Los caballeros de la libertad* comandada por Roberto Mora.

Usando la terminología de Boym, se podría decir que la novela manifiesta una fuerte dosis de nostalgia reconstructiva, pues el texto se preocupa por recuperar una Costa Rica de antaño que se encuentra en crisis: la del proyecto liberal, con su ímpetu científico y sus campeantes “almas superiores”; es, en palabras de Boym (ver 43), una reconstrucción de los orígenes, por tratarse de un retorno transhistórico. Se trata de una nostalgia por un futuro científico-tecnológico que alguna vez fue promisorio y que el autor mismo vio de cerca por haber participado de las emergentes comunidades científicas. El *nostos*, el regreso a casa, no se representa nunca simplemente porque no se puede volver. Como señala Boym, “nostalgia, as a historical emotion, is a longing for that shrinking ‘space of experience’ that no longer fits the new horizon of expectations” (10). Si se diera ese retorno, habría que dar una respuesta a las tensiones que afloran a través del relato. No deja de tener razón Quesada Soto al afirmar: “El código “‘utópico’ le permitía recubrir mejor esos desgarramientos, al permitir obviar con más éxito la realidad histórica, y con ella las relaciones problemáticas entre los discursos oligárquicos y la realidad.” (143).

En el fondo, Roberto Mora es el *alter ego* de Gagini, el hombre que no pudo ser. Como Roberto, Gagini quiso estudiar ingeniería en el extranjero pero la petición de beca le fue denegada por el ministro de Educación Mauro Fernández en 1886, quien consideró que su

presencia era más importante en Costa Rica por su papel en el sector educativo. Sólo pudo llevar algunos cursos de ingeniería en 1884, antes de que la Universidad de Santo Tomás cerrara sus puertas definitivamente (ver Gagini, *Al través* 81-87). El científico Fidel Tristán (ver 14) señala que su primer recuerdo de Gagini fue verlo trabajar en casa en una reproducción a escala de un barco de vapor. Mora es el ingeniero que no pudo ser, el héroe que supera los conflictos.²¹ Las polémicas sostenidas a lo largo de su vida recrudecieron hacia el final de su vida por los choques principalmente con los “chilenoides”, miembros de la generación del *Repertorio Americano* que ansiaban reformas educativas radicales, y minaron su prestigio.²²

Consideraciones finales

En la novela *La caída del águila*, Roberto Mora representa el prototipo del intelectual rodoniano que se adapta a las circunstancias y abraza la tecnología. Gracias a sus habilidades, logra desarrollar un concepto de *mimicry* que le permite una locación cultural doble, pero sin descuidar su ética latina. Esta forma de asumir la vida queda plasmada en sus invenciones y en su base guerrillera. Asimismo, la novela conecta el presente de la región, atemorizada por las intervenciones de los Estados Unidos y el cumplimiento de la Doctrina Monroe, con el pasado al recrear simbólicamente la Campaña del 56 y Juan Rafael Mora Porras, el costarricense que la lideró, a través de su sucesor Roberto Mora.

En el momento de crisis surge entonces el superhéroe cuya caballerosidad apela a la herencia hispánica. Mora, preocupado por las implicaciones éticas, discute con su antagonista Mr. Ward sobre la legitimidad de su ofensiva. A fin de cuentas, la legalidad y la ética resultan más importantes en la novela que la tecnocracia misma, puesto que ésta es solamente un fin para

²¹ Mora se refiere a traiciones y odios injustificados, pero lo hace al pasar y sólo se menciona en una única ocasión (ver Gagini, *La caída* 126).

²² Acuña describe cómo los choques de Carlos Gagini con los “chilenoides”, también conocidos como la “argolla pedagógica” por haberse formado en Chile y ser seguidores de nuevas corrientes pedagógicas, se intensifican con el pasar del tiempo.(ver 28).

lograr el objetivo. Al conseguirlo, es decir, al liberar al globo de futuras amenazas de guerras, la “raza hispana” se viriliza a través de Mora, quien se convierte en el futuro marido de Fanny.

Por otra parte, a través de esta utopía científica, se revisita el pasado nostálgico de la ciencia en Costa Rica y de las comunidades científicas emergentes y, simultáneamente, queda patente que el modelo de “alma superior” colisiona con esa ambición de desarrollo, puesto que la superioridad no conlleva una reforma a la educación ni mucho menos con la apertura de una universidad, que para poder funcionar en un país tan pequeño como Costa Rica, tendría que democratizarse.

Se trasluce entonces la sensibilidad amenazada de Mora, quien no establece contacto con los obreros y artesanos rebeldes, los únicos aliados posibles en la novela ubicados en Costa Rica. En realidad, la indefinición y el misterio rodean la figura de Mora, pues desconocemos su pasado y su futuro no se vislumbra en la novela. Sólo estamos en contacto con su presente, con la ofensiva científico-militar. El único lugar en donde hemos visto su sociabilidad en acción es la isla, lugar del idilio señorial y símbolo de utopías desde el Renacimiento.

En suma, el darle importancia al discurso científico y al ideal de desarrollo científico a esta novela, es una forma de ampliar el radio de lectura bajo el cual se interpretan estos textos producidos por la elite liberal costarricense, como bien señalan Flora Ovares et al., que exudan nostalgia. Sin embargo, esa nostalgia reconstructiva no se limita únicamente al anhelo por recuperar el mando político y una vida señorial, sino también atañe a los ideales rotos del positivismo y el desarrollo científico es uno de ellos. No deja de llamar la atención que el reconocimiento de la ciencia-ficción como género coincida con el fin de la mediación científica en América Latina, pues a partir de los años 1920 el discurso antropológico toma su lugar (ver González Echeverría). Como señala Vessuri en la conclusión de su trabajo, la nueva comunidad científica se construyó en permanente contrapunto con la necesidad de incorporarse al sistema científico internacional y el deseo de tener una voz propia, autonomía y legitimidad. *La caída del águila* se construye sobre la nostalgia de esa voz que no logró consolidarse.

Más allá de las críticas que generan esta nostalgia científica y este ideal de intelectual y sus métodos para conseguir sus objetivos, se ha obviado la excepcionalidad de la novela en el contexto de la literatura costarricense, más preocupada por la introspección y los valores domésticos (ver Ovares et al.). La ambigüedad de los textos de Gagini ha repercutido negativamente en su recepción y es hora de releerlos pues, como señala Miller: “while ambivalence may well have been the starting point of Latin American intellectuals’ response to modernization, it was by no means the end point” (15).

Bibliografía

Acuña M., María E. “Carlos Gagini su vida y su obra en el contexto hispanoamericano”. Tesis de Maestría en Literatura. San José: Universidad de Costa Rica, 1984.

Adas, Michael. *Machines as the measure of men: Science, technology, and ideologies of Western dominance*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1990.

Bhabha, Homi. “Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse”. *October* 28 (spring 1984): 125-33.

Boym, Svetlana. *The future of nostalgia*. New York: Basic Books, 2001.

Brading, David A. *Marmoreal Olympus: José Enrique Rodó and Spanish American nationalism*. Cambridge: Centre of Latin American Studies, University of Cambridge, 1998. Working Papers.

Castro-Klarén, Sara. “Mimicry revisited: Latin America, post-colonial theory and the location of knowledge”. *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica*. Ed. Alfonso de Toro y Fernando de Toro. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana; Vervuert, 1999. 137-164.

Cuevas Molina, Rafael. *Sandino y la intelectualidad costarricense: Nacionalismo antiimperialista en Nicaragua y Costa Rica, 1927-1934*. San José: EUNED, 2008.

Derdzinski, Mark. “Verne’s 20,000 leagues under the sea”. *Explicator* 65.2 (2007): 91–94.

Díaz, Ronald, y Flora Solano. “Costa Rica: Desarrollo científico. Una mirada en su historia natural a través de Paul Biolley Matthey (1886-1908)” *Geonaturalia. Geografía e Historia Natural: hacia una historia comparada. Estudio a través de Argentina, México, Costa Rica y Paraguay*. Ed. Celina Ana Lértora. Buenos Aires: Ediciones FEPAI, 2008. 209-238.

Eakin, Marshall C. "The Origins of Modern Science in Costa Rica: The Instituto Físico-Geográfico Nacional, 1887-1904". *Latin American Research Review* 34.1 (1999): 123-150.

Fischel Volio, Astrid. "La educación costarricense entre el liberalismo y el intervencionismo." *Historia de la educación costarricense*. Ed. Jorge M. Salazar Mora. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003. 73-115.

Gagini, Carlos. *La ciencia y la metafísica*. San José: Falco & Borrásé, 1918.

Gagini, Carlos. *Al través de mi vida*. San José: Editorial Costa Rica, 1961.

Gagini, Carlos. *El árbol enfermo*. San José: Editorial Costa Rica, 1975.

Gagini, Carlos. *La caída del águila*. San José: Editorial Costa Rica, 1981 (10ª ed.)

Gagini, Carlos, y Henri Pittier. *Ensayo lexicográfico sobre la lengua térraba*. San José: Tipografía Nacional, 1892.

González Echeverría, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2000.

González Stephan, Beatriz. "Martí y la experiencia de la alta modernidad: saberes tecnológicos y apropiaciones (post)coloniales". *Escribiendo la independencia: Perspectivas postcoloniales sobre la literatura hispanoamericana del siglo XIX*. Ed. Robert Folger y Stephan Leopold. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert, 2010. 343-371.

Gutiérrez Girardot, Rafael. "José Fernández Andrade: un artista colombiano finisecular frente a la sociedad burguesa". *Obra completa*. Ed. José A. Silva y Héctor H. Orjuela. Madrid: ALLCA XX, 1996 (2ª ed.). 623-635.

Haywood Ferreira, Rachel. *The emergence of Latin American science fiction*. Middletown, Conn: Wesleyan University Press, 2011.

Hoagland, Ericka, y Reema Sarwal. "Introduction". *Science fiction, imperialism and the Third World: Essays on postcolonial literature and film*. Ed. Ericka Hoagland y Reema Sarwal. Jefferson, N.C: McFarland & Co., 2010. 5-20.

Kennedy-Nolle, Sharon. "Captain Nemo's Questing after American Causes: Jules Verne's Transatlantic Vision of Reconstruction". *Comparative American Studies: An International Journal* 5.4 (2007): 441-458.

Miller, Nicola. *Reinventing Modernity in Latin America: Intellectuals Imagine the Future, 1900-1930*. New York: Palgrave Macmillan, 2007.

Molina Jiménez, Iván. "Deliciosos y revolucionarios: quesos de Holanda y jamones de Westfalia". *Héroes al gusto y libros de moda: Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-*

1900). Ed. Iván Molina Jiménez y Steven P. Palmer. San José: Editorial Porvenir; Plumsock Mesoamerican Studies, 1992. 207-211.

Monge Nájera, Julián, y José M. Gutiérrez. “Clodomiro Picado y sus años de formación científica”. *Historia de la ciencia y la tecnología. El avance de una disciplina*. Ed. Ángel Ruiz y Luis Camacho. Cartago: Editorial del Instituto Tecnológico de Costa Rica, 1989.

Montaldo, Graciela. *La sensibilidad amenazada*. Caracas: Planeta, 1995.

Morales, Gerardo. *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914*. Heredia: EUNA, 1995.

Obregón Quesada, Clotilde. *Historia de la ingeniería en Costa Rica*. San José: Colegio Federado de Ingenieros y Arquitectos, 2005.

Ovares, Flora, et al. *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993.

Palmer, Steven. “Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica (1848-1900)”. *Héroes al gusto y libros de moda: sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*. Ed. Iván Molina Jiménez y Steven Palmer. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2004. 261-312.

Quesada Camacho, Juan R. “La educación en Costa Rica”. *Historia de la educación costarricense*. Ed. Jorge M. Salazar Mora. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003. 117-192.

Quesada Soto, Álvaro. *La voz desgarrada: La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense, 1917-1919*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988.

Quirós Bolaños, Sergio. “Carlos Gagini y su ideología antiimperialista en *La caída del águila*”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 14.1 (1987): 51-60.

Quirós Bolaños, Sergio. “Carlos Gagini: La caída del águila y su concepto de la paz mundial.” *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 16.1 (1990): 15-24.

Rodríguez, Ana Patricia. *Dividing the Isthmus: Central American transnational histories, literatures, and cultures*. Austin: University of Texas Press, 2009.

Saldaña, Juan J. “Science and Technology as a Policy of the New American States”. *Science in Latin America: A history*. Ed. Juan J. Saldaña. Austin: University of Texas Press, 2006. 151-162.

Sanabria Sing, Carolina. “De la identidad nacional a la global en *La caída del águila* y *Parque Jurásico*”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 24.2 (1998): 43-59.

Soto, Marta, y Sergio Quirós Bolaños. “La caída del águila y la libre determinación de los pueblos” Tesis de Licenciatura. San José: Universidad de Costa Rica, 1978.

Soto, Marta. “Valor literario de Gagini en función de su novela *La caída del águila*”. *Káñina: Revista de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica* 10.2 (1986): 17-20.

Tristán, Fidel. *Baratijas de antaño*. San José: Editorial Costa Rica, 1966.

Vessuri, Hebe M. “Academic Science in Twentieth-century Latin America” *Science in Latin America: A History*. Ed. Juan J. Saldaña. Austin: University of Texas Press, 2006. 197-230.

Viales Hurtado, Ronny, y Patricia Clare. “El Estado, lo transnacional y la construcción de comunidades científicas en la Costa Rica liberal (1870-1930). La construcción de un “régimen de cientificidad””. *Diálogos. Revista Electrónica de Historia* 7.2 (setiembre 2006-2007): 145-168.

Weinberg, Gregorio. *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998 (2ª ed. revisada, corr. y actualizada).